



Laberintos y cerrojos

Carlos Elbert

ediciones
UNTDF

Peudeba

colección
DE ESO NO SE HABLA

FRAGMENTOS DE “LABERINTOS Y CERROJOS”

Almagro, jueves 12 de julio de 1900, ocho de la mañana.

Cayetano, parado sobre un banco y apoyado en la pared, contempla el despliegue de policías en el patio. Esta vez los “botones” no han venido a intimidar, sino a cumplir otra tarea. Al niño le resulta fascinante mirar a esos seres enfundados en uniformes y capotes negros, que proyectan nubecitas de vapor al hablar, coronados con unos extraños cascos sin pincho, ingleses, según escuchó por ahí. Es un amanecer muy frío: los charcos del patio están tiesos de escarcha, y en la bruma gris se escucha un coro de toses y estornudos en las piezas circundantes. Pese a todo, algunos inquilinos han salido, para curiosear los acontecimientos. De la habitación 35, una de las de arriba, emergen dos enfermeros, con una camilla en la que trasladan un cuerpo inerte, a lo largo del balconcito enrejado. Enseguida se detienen ante la escalerilla de hierro, porque con la inclinación, el cuerpo podría deslizarse y caer. Tres policías ayudan a mantenerlo horizontal, durante un descenso lento y acompasado, como involuntaria ceremonia fúnebre. Ya en el patio, los enfermeros se abren paso entre los curiosos, llevando su carga a la salida. Han cubierto al desgraciado con una sábana, pero un brazo le cuelga en el vacío. Cayetano camina unos metros al lado del acarreo. Observa la camiseta de frisa del finado, bastante sucia, su mano cuarteada de cal, y las uñas negras de tierra. Debió ser un albañil, seguramente. En la calle, ante la puerta del conventillo, está estacionado el carro negro de la morgue, que se distingue por su cruz blanca y unas letras. Los caballos, oscuros como el carruaje, resoplan también vapor.

El frío parece impacientarlos, porque bufan y sacuden las patas sobre el adoquinado, con ruidos secos, de hierro y piedra. Cayetano contempla los animales como hipnotizado. Siempre sintió miedo y asco por esas bestias poderosas, que detesta tanto como a los perros que les ladran. También contempla el condicionamiento del cadáver en el carro y luego sigue a los camilleros, que regresan a repetir sus acarreos durante una media hora, hasta acomodar todos los cuerpos en el transporte del depósito judicial.

En el patio, los policías conversan con Juan Saldungaray, algunos testigos y un médico. Alguien ha prestado una mesa, sobre la que un policía redacta algo. Dicen que, como prueba, se llevarán el brasero apagado, que terminó con los cuatro infelices. El administrador insiste en que, siempre que empieza el invierno recorre la casa, previniendo sobre el peligro del carbón encendido en los cuartos cerrados; pero que es inútil: a cada rato se repite la tragedia. Afirma que esta gente es tan bruta, que no aprende nunca. Prefieren morir, comenta, a aguantar un poco el frío.

Cayetano observa y escucha, con una curiosidad rayana en el entusiasmo: nunca ha visto un espectáculo tan interesante, con tantos muertos, policías y caballos. Seguro que le complacería ver muchas escenas iguales, con dramatismo y tragedia, como este despliegue que contempla ahora, con una amplia sonrisa de satisfacción.

Boedo, martes 20 de septiembre de 1904, cinco y media de la tarde.

Los chicos se aburren, desparramados en una esquina, en la que parece vigilarlos un buzón rojo. Se han echado allí para reponerse de una carrera de aros, pero llevan

quince minutos de pasividad; demasiado para niños sin objetivos, a la espera de un pretexto que los ponga otra vez en movimiento. De pronto, por la vereda opuesta, aparece lo que necesitaban: la extraña y ridícula figura de un chico, que se dirige desprevenido hacia el ojo del huracán: es Cayetano, con su andar de pajarraco, vistiendo unos pantalones remendados que le sobrepasan apenas las rodillas, sujetos a la cintura con un piolín. Sus piernas, flacas y largas, terminan en unas alpargatas desflecadas, que barren la vereda a su paso.

En el grupo se codean, complotándose para iniciar la provocación:

—¡Orejudo!

—¡Enano orejas!

—¡Mamarracho! ¿Qué andás buscando por acá?

Enseguida parten los primeros cascotazos, inofensivos al principio, pero enseguida de mayor tamaño y precisión, hasta que un trozo de ladrillo golpea a Cayetano encima de la oreja izquierda, haciéndolo caer de rodillas. Las burlas se transforman en carcajadas y el grupo, envalentonado, se aproxima al caído, rodeándolo.

—¡Te volteamos, enano orejudo!

—¿No sabés que en esta esquina no nos gusta ver bichos raros?

—¡Andate de acá, loquito, roñoso!

El último insulto viene acompañado de un puntapié en las costillas de Cayetano, que rueda por el piso, para jolgorio de los agresores. Uno de ellos intenta repetir el golpe, pero falla, porque el caído lo esquiva, atrapándole la pierna, que muerde con rabia.

—¡Ayyy! ¡Ayy, me muerde... me muerde!

—¡Largalo, enano de mierda, largalo!

Los chicos le tiran del pelo para que suelte a su compañero, pero el extraño, transfigurado en fiera, lanza una trompada que da justo en el ojo de alguno, que grita de dolor. Enseguida acierta un segundo golpe en los testículos de otro, que también cae al suelo, gimiendo. Los tres restantes quedan paralizados. Cayetano deja la pierna de su agresor, que se la toma con ambas manos, y se yergue, blandiendo una madera que nadie había percibido antes. Avanza hacia sus contendientes, que retroceden intimidados por la tabla, los clavos que la atraviesan, y la expresión de ese chico, que parece adulto, dramatizada por los hilos de sangre que descienden de su cabeza. Los tres escapan a la carrera y Cayetano siente una euforia que lo embriega más que la cerveza que se acaba de tomar; gira sobre sí mismo, y sin decir palabra, golpea despiadadamente a los caídos. Los niños tratan de alejarse gateando, bajo una metralla de tablazos que los lastiman por todo el cuerpo. A Cayetano los ojos parecen salirse de las órbitas, y chilla, desencajado:

—¡Tomá, tomá, tomá, hijo de puta! ¡Tomá, tomá, orejudo! ¡Tomá, tomá, enano de mierda! ¡Yo soy Cayetano Godino, para que sepan!

De nada sirven los llantos y las súplicas de los caídos que, revolcándose y manchando con sangre los adoquines de la calle, estimulan el éxtasis agresivo de Cayetano; él podría golpearlos con un martillo o estrangularlos con una soga, pero advierte que los brazos se le debilitan y sus golpes pierden intensidad. Si en vez de una tabla hubiera tenido un cuchillo, seguramente les habría cortado los dedos y tajeado las caras,

pero en ese momento, dos hombres lo toman de los brazos, levantándolo en vilo.

—¡Basta, basta, loquito! ¿Qué querés hacer, matarlos?

Cayetano retrocede, observando cómo esos hombres ayudan a los caídos que gimen, desconsolados; entonces deja caer la tabla, gira sobre sus talones y desaparece a la carrera, sonriente, salpicado de sangre y con las orejas enrojecidas.

Ushuaia, martes 13 de marzo de 1923, 11 horas.

A las dos de la tarde, Cayetano integra la última fila en marcha hacia el penal. Dirige su mirada al barco, insignificante en la quietud de las aguas. Sus compañeros parecen ir familiarizándose con la geografía del entorno. Las montañas, la nieve y el silencio son un espectáculo que nunca vieron, tal vez ni en fotos.

Un redoblante marca el ritmo de marcha: —trán, taca tán, trán, taca tan— como para que nadie se atrase. Algunos presos tiritan, a pesar de que el aire fresco es una bendición después del sopor en la bodega; algunos llevan las ropas impregnadas de los vómitos y orines sobre los que se revolcaron durante los diez días del rolido de una tormenta que parecía no terminar más. La comida que devolvían y los tachos con materia fecal terminaron por componer un masacote, que se deslizaba según las inclinaciones del barco, muchas veces decididamente hacia abajo, como yéndose al fondo.

Cuando el último grupo atraviesa los portones, los presos reciben la orden de formar en el patio. El complejo es de una rusticidad ascética; tiene algo de fortaleza inexpugnable y amenazante. Los presos permanecen firmes, esperando la llegada de

las autoridades, estremecidos por el clima austral, que invade sus cuerpos inmóviles con rapidez eléctrica.

El director aparece, seguido del alcaide y el subalcaide. Contemplan con gestos despectivos a la formación de despojos venidos de Buenos Aires. El jefe sube algunos escalones del acceso a la Administración, y desde allí les dirige las primeras palabras:

—Señores, ¡Han llegado a la Cárcel de Ushuaia! Dentro de un momento, irán a las duchas, a bañarse y despiojarse. Allí les van a dar la ropa nueva, con los números que llevarán en este penal. También les vamos a asignar las celdas en los distintos pabellones. Los colores en los birretes serán su identificación; la franja roja para los homicidas, la amarilla para los ladrones, la naranja para los degenerados sexuales, y así sucesivamente. Hace una pausa, desviando los ojos entrecerrados, como si buscara leer en los montes unas frases apropiadas.

—Por si no se dieron cuenta, señores —prosigue— estamos en el culo del mundo. Cuando el barco se vaya, no volverá hasta dentro de dos meses. Y entonces ustedes se habrán olvidado del país que conocieron, y aprenderán lo que es un invierno para machos. Cuando todo esté tapado de nieve, van a laburar afuera, aunque hagan diez grados bajo cero y estén tosiendo los pulmones. El lema de esta casa es: “Higiene, Orden, Disciplina y Trabajo”. Y se cumple a rajatabla. Se van a dar cuenta que no están en un liceo de señoritas. Olvídense de la Penitenciaría Nacional, porque aquello era el paraíso, y esto va a ser el infierno. Un infierno bastante fresquito, acota sonriendo, festejado por las risas de sus ayudantes.

—A ustedes, soretos, los mandaron acá, porque son lo peor de la sociedad. Una manga de asesinos, inútiles, degenerados y reincidentes, eso es lo que son. Así que se merecen ser tratados con rigor. Acá no hay compasión, consuelos, ni perdón de los pecados. Acá, mandamos nosotros: el único cuerpo armado de la isla. ¡Yo y mis hombres estamos por encima de cualquier autoridad! Así que no se gasten mandando cartitas, quejándose, pidiendo audiencias o reclamando visitas. Ustedes no se merecen otra cosa que palos, y para eso los despacharon bien lejos, donde nadie sepa lo que fue de sus vidas de mierda. Acá mi palabra es la ley, y ustedes tienen una sola posibilidad: obedecer y callarse. Y cuidense bien de desafiarnos, porque no tenemos contemplaciones con los indisciplinados. Hay noventa celadores para controlarlos de cerca, y ciento sesenta guardias vigilándolos de lejos, listos para meterles bala o ensartarlos si se quieren escapar o hacerse los locos. Y acá no hay médico, dentista ni remedios: el que se enferma se jode. Algunos de ustedes se morirán pronto, pero a nosotros nos importa un carajo. Para que sepan, estamos llenando un costado del cementerio con los presos que se nos quedaron de camino. ¿Ustedes creen que alguien se acuerda de ellos, o que alguna vez nos preguntaron qué les pasó? El gobierno nacional no puede controlarnos; acepta sin chistar lo que yo diga, por encima de cualquier ley pelotuda que ande por ahí.

Medita nuevamente antes de seguir:

—A los que empiecen con las ideas locas de fugarse, les advierto que de aquí no salió nadie vivo. Si se tiran al agua, se congelan en cinco minutos... ya sacamos a algunos del fondo, hechos piedra. Si pretenden irse a pie, tendrán que cruzar las montañas que están ahí atrás. En cuanto hagan fuego para calentarse, las estancias verán el humo a

kilómetros y nos avisarán. Y si consiguen pasar al lado chileno, ellos los cagarán a patadas y los traerán de vuelta. Ni les cuento la que les espera cuando vuelvan, hechos una porquería y locos de hambre. La bienvenida será peor que todo lo que hayan sufrido con el paseíto.

Aquí damos las órdenes con silbatos. A un guardia no se le habla sin pedir permiso, las órdenes no se discuten y los presos no hablan entre ellos. Acá, conversar sin autorización es una falta importante. La disciplina es militar y cuando pasa un superior hay que ponerse firmes y hacer el saludo. ¿Hay alguna pregunta?

Solo responde el silbido del viento cruzando por las galerías, petrificando los rostros lívidos de los novatos.

—Entonces, porquerías, aprendan a contestar. Se dice: “¡No, señor director!”.

Un gemido desparejo como un rumor intenta responder.

—¡Cuando yo pregunto, contestan todos, y con todas sus fuerzas, aunque no les queden! ¿Hay alguna pregunta?

—¡NO, SEÑOR DIRECTOR!

—Bien, aprobaron la primera lección. Celadores: procedan.

Otra vez al ritmo de redoblante, los nuevos ingresan al edificio y marchan a los baños. Allí, deberán colocar en bolsas todas las prendas que visten, y después de bañarse recibirán, por orden alfabético, uniformes nuevos. Cayetano llevará el número 90, que ostentará también su birrete, sobre una franja roja.

La siguiente escala será la peluquería, donde unos presos veteranos afeitan y rapan con trámite expeditivo. La tarea no insumirá más de cinco minutos por preso, incluyendo los cortes de navajazos y los pellizcos de la doble cero en las orejas. Después de ser rapados, muchos saldrán apretando algodones con alcohol sobre los tajos, camino a las celdas, cuyos números coincidirán con el de los uniformes.

A Cayetano lo ubican en la planta alta. Sube las escaleras de hierro, cargando las tres frazadas, el banquito y una almohada, con los que deberá arreglárselas en su cubículo: una celda de dos por dos, iluminada por una ventanita en lo alto, con un postigo de madera que presume de atajar el viento helado. En el medio del techo, tras una rejilla, se deja descubrir un foquito sucio, y en un rincón descansa una lata con manija —el zambullo— para las necesidades de la noche. En el medio de la puerta maciza hay un visor, para controlar la intimidad. Un estrecho balconcito de hierro con barandas rodea la planta alta; su espacio se reduce al mínimo, cuando las puertas se abren, porque giran hacia afuera.